

OFICINA DE INFORMACIÓN / HOMILÍA ARZOBISPO DE TOLEDO
MISA DEL DÍA DE PASCUAL. 1/04/2018

Hemos asistido asombrados, hermanos, a la gran Vigilia Pascual y gozamos ya de la presencia de Cristo Resucitado en esta segunda Misa Pascual en el día que hizo el Señor. ¡Bendito sea nuestro Dios, que ha resucitado a su Hijo! ¡Feliz Pascua!

¿A qué llamamos Pascua los cristianos? La palabra para algunos significa únicamente los acontecimientos de la Resurrección, separando a ésta de lo que celebramos en la tarde del Jueves, Viernes y Sábado Santo. Ya protestaba de esta separación un autor medieval: “Muchos –dice- no ven más que una sola cosa en la Pascua: que el primer día de la semana el Señor resucitó, y por esta razón es por lo que se le llama también día de la resurrección del Señor, olvidando que Pascua indica ante todo lo que Cristo obró con su cruz y con su sangre” (Ruperto de Deutz, De divinis officiis, 6,26, CCLM 7,207).

Muchos, por el contrario, se olvidan de una parte del Misterio Pascual y llegan sólo hasta el Viernes; lo demás no interesa tanto: sólo la Pasión- La Semana de Pasión, dicen- Otros apenas se estremecen por la pasión y el amor de Cristo en su dolor y su vida entregada por nosotros. Y argumentan: Jesús es paz y amor, y energía positiva. No hay que traumatizar a la gente con dolor y sangre.

¿Qué decir? Pascua es sencillamente Cristo, que padece, muere y resucita. Y la resurrección constituye la novedad absoluta, lo no prefigurado, lo inesperado. Para los Apóstoles y para nosotros. Pasión y Resurrección, ésta es la verdadera Pascua. Pascua es el día en que celebramos conjuntamente la Pasión y la Resurrección del Señor. La fe de los cristianos consiste en creer en la Resurrección de Cristo.

Muerte y Resurrección unidas constituyen, pues, el Misterio Pascual. Pero no como dos momentos yuxtapuestos, que simplemente se suceden, sino más bien como un movimiento, como un paso del uno al otro. Es decir, algo dinámico, que se mueve, ya que consiste en hacernos pasar de la muerte a la vida, del dolor a la alegría. Algo que no se puede detener. Se trata de la pasión y la resurrección que nos salvó en el Bautismo y la Confirmación y nos nutre con la Eucaristía, y que nos salva este día. Por ello una Pascua de pasión sin la resurrección sería una pregunta sin respuesta, una noche que no termina en el alba de un nuevo día; sería fin, en vez de comienzo de todo.

Me gustaría, hermanos, ayudaros un poco a comprender este día, el que hizo el Señor, el Domingo más grande. Un poco, porque lleva toda una vida penetrar en la comprensión cada vez más profunda de lo que es la Pascua.

La muerte y la resurrección de Cristo sucedió una sola vez; y lo que nosotros hoy celebramos en la Liturgia pascual es la conmemoración de aquel acontecimiento que sucedió aproximadamente entre el año 30 y el 33 de nuestra era. Pero hoy se nos pregunta a los cristianos por parte de los que no tienen nuestra fe: “Eso que decís sucedió con Jesús, ¿es cierto o es un mito de primavera? ¿Ha resucitado Jesús únicamente en la Liturgia de la Iglesia, en sus ritos, o ha resucitado también en la realidad y en la historia? ¿Ha resucitado *porque la Iglesia así lo cree*, o ha resucitado y *por esto* la Iglesia lo proclama? ¿Ha resucitado Jesús, su persona, o ha resucitado sólo su causa, en el sentido puramente metafórico,

donde resucitar significa la supervivencia o la reaparición victoriosa de una idea, después de la muerte de quien la ha propuesto?

Así se piensa hoy día en nuestra sociedad; y muchos “cristianos” también. Y no tenemos las cosas claras, pues esto afecta a lo esencial de la fe. Y hay que estar seguros y saber que no creemos a tontas y a locas. La respuesta más autorizada a estas preguntas se encuentra ya contenida en el Evangelio: ¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado! Dicen los Apóstoles, acogiendo a los dos discípulos de Emaús, incluso antes de que éstos puedan contarse experiencia. Los cristianos han hecho de esta frase el saludo pascual: “El Señor ha resucitado”, al que se responde: “¡Es verdad! ¡Ha resucitado!”.

¿Qué ha sucedido? ¿Qué es lo que ha determinado un cambio tal por el que los mismos hombres que antes habían renegado de Jesús o habían huido, ahora dicen en público estas cosas, fundan Iglesias en nombre de Jesús y, tranquilamente, se dejan apresar, flagelar y matar por Él? Ellos nos dan una respuesta a coro: “¡Ha resucitado!” Un sucesor de Poncio Pilato en Judea, el gobernador romano Festo, tiene preso a san Pablo que ha apelado al César; pero no entiende de qué le acusan sus compatriotas. Los puntos discutidos, señala el romano, son cosas referentes a su religión, “y sobre un tal Jesús, ya muerte, que Pablo asegura que vive” (Hch 25,19).

Cosa curiosa: en el momento decisivo, cuando Jesús fue capturado y ajusticiado, los discípulos no nutrían espera alguna de una resurrección en Cristo. Ellos huyeron y dieron por concluido el caso de Jesús. Algo debió suceder entonces, en el primer día de la semana, algo que en poco tiempo no sólo provocó el cambio radical de su estado de ánimo, sino que los llevó también a una actividad totalmente nueva y a la fundación de la Iglesia. Este “algo” es el núcleo histórico de la fe de Pascua. Y este suceso tiene que ver también con nosotros. Es algo objetivo, no tiene relación únicamente con algo subjetivo, con lo que yo siento en mi interior, como explican incluso algunos exegetas cristianos, de modo que la creencia hubiera creado el dogma de que Jesús ha resucitado.

¿Y en qué consiste en concreto lo que dice la Iglesia? ¿Cuál es el testimonio que la Iglesia da de la Resurrección de Cristo? En el fondo es un testimonio muy sencillo: ese Jesús de Nazaret que “había pasado haciendo el bien y curando a todos”, el mismo que los hombres mataron clavándolo en una cruz es el que Dios resucitó al tercer día (cf. Hch 10,38s). En la cruz Dios Padre parecía haber desautorizado a Jesús, hasta arrancarle aquel grito de angustia: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”; pero ahora, resucitándolo, el Padre demuestra identificarse con el Crucificado y con su causa. Desde ese momento, sólo será posible ver al Crucificado “en la gloria del Padre” y contemplar la gloria del Padre en el rostro del Crucificado.

La resurrección es, pues, como un faro enfocado, más allá de la Pascua, sobre la vida terrena de Jesús. La resurrección nos da testimonio de que Jesús no se ha equivocado: con Él, muerto y resucitado, ha llegado el reino de Dios. El fin ya ha empezado; poco importa cuándo se concluirá, si dentro de pocos años, o dentro de miles de millones de años.

Y, lo más interesante: así como Cristo, así nosotros: dado que Él ha muerto, nosotros hemos muerto al pecado; dado que Cristo ha resucitado, nosotros podemos caminar en esta novedad de vida. Cristo ha resucitado para nuestra justificación, es decir, para causarla. “El Señor pasó, por la pasión, de la muerte a

la vida, y se hizo camino a los creyentes en su resurrección para que nosotros pasemos igualmente de la muerte a la vida” (san Agustín, *Enarr.in Ps 120,6*). Por eso podemos recoger la enseñanza de san Pablo cuando dice: “Si crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvado” (Rom 10,9).

Y es que Cristo está resucitando continuamente; es aquél que siempre resucita. Él quiere resucitar también en esta Pascua y espera que nosotros lo hagamos resucitar en nuestras personas y, sobre todo, en nuestra conducta, y predicando su resurrección. Jesús ha resucitado, quizá ahora mismo y aquí, en medio de nosotros, y dichosos aquellos que pueden decir alguna vez como san Pablo: “Se me apareció también a mí” (1 Cor 15,8).

Esa aparición no tiene por qué ser aparición con impresión de los sentidos, como ocurrió las veces que Cristo se dejó ver a los Apóstoles, a las Marías y a otros testigos oculares de la primera hora. Podemos ver y sentir de otra manera, sin aparición de Jesús, y saber a ciencia cierta que Jesús está vivo. Esa es la alegría de la Pascua. Gozadla, hermanos, gozad de ella: tenemos cincuenta días hasta Pentecostés. Ha merecido la pena vivir la Cuaresma para desearos ahora una Feliz Pascua. Santa María, la Bendita Madre del Salvador os consiga del Padre y de Jesucristo el gozo de la Pascua.

+Braulio Rodríguez Plaza, arzobispo de Toledo